

Por María Emma Carsuzán

# BUENOS AIRES DESDE AFUERA Y DESDE ADENTRO

¿Quién no ha viajado o deseado viajar a tierras nuevas? ¿Quién no trató de conocer países distintos, de alejarse del suelo diario o de los recuerdos insoportables? La apetencia de aventura y el intento de evasión deben nacer con la conciencia del hombre o con la subconciencia, y nutren su fantasía. Pedía Verlaine: **Emporte moi wagon!, enlève moi frégate,** y nuestra Margarita Abella Caprile: "Huir ávidamente, / Sobre los rieles ágiles del rápido viajar".

Porque el deseo va unido, cada vez con mayor intensidad, de acuerdo con el sino de esta época, a prisa por cambiar de horizonte, por llegar cuanto antes al destino propuesto. Me pregunto por cuánto tiempo subsistirán los barcos de pasajeros y los contemporáneos tendrán tiempo de despedirse desde la cubierta de un vapor del puerto de Buenos Aires. Ese era un adecuado principio de viaje, especialmente para los porteños presuntuosos: La chatura del puerto, las aguas achocolatadas del río, bajas estructuras de hierro, enormes cajones y bultos de carga, cercos de alambre, galpones, algún silo gris que eleva su geometría quebrada, no muchos barcos y, a la distancia, varios rascacielos que no consiguen la representación de la ciudad.

Vagamente desazonados por la vista, a poco de navegar nos enfrentamos con el fascinante collar de islas que encierra a Santos y a sus playas y, luego, con la entrada de Río de Janeiro, sus rascacielos estratégicamente colocados contra el fondo de montañas tapizadas de verdor, los aviones que se deslizan rutilantes hacia el aeródromo costero, las aguas iridiscentes de la bahía.

A medida que el viaje progresa, el paralelo se establece involuntariamente y, sin que nos urja la desmesurada ansiedad de Sarmiento por trasladar a tierras del Plata y a la "desheredada Sudamérica" los adelantos y bellezas extranjeros, empezamos a sentir como un escozor la sensación de las deficiencias de Buenos Aires. Por supuesto que no cultivamos el anacronismo de "la más limpia del mundo", aunque, después de admirar las calles lustradas de Ginebra, las vidrieras de sus carni-

cerías, donde los trozos de carne se presentan adornados con flores y moños, como prendas de la coquetería femenina, y comprobar el acatamiento popular por las normas de orden y de limpieza, nos inquieta pensar en el desaseo habitual de la capital porteña, que parecería un vicio irremediable. Hace tiempo desechamos lo de "la mejor iluminada del mundo", cuando a la vuelta del París de la postguerra nos desilusionó la maclenta iluminación de Buenos Aires

nocturno que, desde entonces, injusto sería no anotar que ha mejorado bastante. Tampoco pretendemos el ordenamiento del tránsito, fenómeno de realización quimérica, luego de arros-trar los riesgos del de Río de Janeiro o de habernos salvado de la pérdida física de un filete cercenado por el ímpetu rasante de los automóviles en Caracas. Con todo, más visitamos, más acrece el balance deficitario para nuestro porteñismo.

A la ciudad, de la cual suele de-





Monumento a Alvear, austero, grandioso

cirse que es la imagen de París, le falta, en primer término, si bien no es necesario para el simul de superficie, la entraña parisiense entremil-cruzada por le métró, que le brinda al turista acceso rápido hacia la rosa de los vientos urbana. Naturalmente que le faltan el abolengo de la Seine y sus magníficos puertos, la estrella de sus avenidas centradas en el Arco de Triunfo, su arquitectura sin desniveles contrastantes, sus monumentos históricos y de arte, la catedral famosa; en fin, la herencia irreproducible de milenios. No compararemos a Buenos Aires con Washington, moderna réplica de París, porque en este caso la diferencia reside sobre todo en un sistema distinto de vida, que la aleja del plácido Potomac, de los enormes y numerosos parques, del tránsito tranquilo, de los imponentes templetos recordativos, de una noche en la que, después de las veintuna es difícil hallar una "cafetería" abierta y las casas se muestran clausuradas y sin luz.

Imposible descubrir semejanzas con las ciudades italianas, Florencia, Siena, hijas de la civilización y del arte; pero en Roma nos cautivan sus fuentes, que nos salen al encuentro diversas y movilizadas. ¿Por qué Buenos Aires tiene tan pocas y casi no funcionan sus juegos de agua?

También América nos tienta: quisiéramos el arte indigenista de Méjico siempre presente en la decoración urbana su ciudad universitaria, los murales de grandes pintores en todos los edificios públicos; quisiéramos las autopistas de Caracas que se destrenzan del "pulpo" y se abren en anchos caminos que recorren el sitio quebrado donde se asienta la ciudad y a cada paso nos sorprenden con un estadio de originalísima construcción, o los más modernos monumentos dedicados a sus próceres, o las "unidades escolares" o la vegetación florida del trópico en los barrios residenciales. En trance de desear podríamos aspirar al Museo Metropolitano de Nueva York o al de Arte

Moderno, o a la Nacional Galería de Washington.

Sumando tesoros urbanos en los viajes, un buen día se nos hunde en el corazón como veneno de flecha, sin antidoto, la nostalgia del suelo porteño y se apresuran visitas y trámites porque: "Mi Buenos Aires querido, cuándo te volveré a ver". Dramática nostalgia que nos ha hecho preguntar a los argentinos emigrados de qué medios se han valido para desarraigarse. CAMBIO DE PIEL, pensaría Carlos Fuentes.

¿Qué hace Buenos Aires para atarnos a su recuerdo? Para que lo sintamos insustituible, desde el tango, que es nuestra carta de presentación en Europa y en Latinoamérica, hasta su ancha superficie, capaz de darle a cada uno el contorno y la perspectiva de su agrado. Es verdad que no hay río que la atraviese, aunque el más ancho del mundo le acaricia y sacude un flanco. Y si a bordes se alude, ya que el perímetro le pertenece, contemos a su favor la Avenida Costanera, propicia para el paseo y los encuentros sentimentales, aunque sólo sea con las aguas ribereñas y la lontananza de la ilusión, y la Avenida General Paz, pródiga en paisajes donde la ciudad y el campo se amalgaman graciosamente. Por allí, para que no quede en pie la referencia a la orfandad de puentes de la capital porteña, veamos el carretero, sobre el acceso norte, por el que se traga la visión de la ciudad gigantesca e impetuosa, con los alrededores en pleno crecimiento industrial. Y no dejaremos de citar puentes que se alzan sobre las aguas, la serie que permite el cruce del Riachuelo, nuestro despreciado riacho que arrastra su destino de obscuridad y de trabajo, al cual le auguramos a corto plazo, que algún pintor decida cambiar el color de sus aguas charoladas, y los urbanistas intenten redimirlo de su función industrial y de depósito de desperdicios para agregarle un papel en la ornamentación de la ciudad.

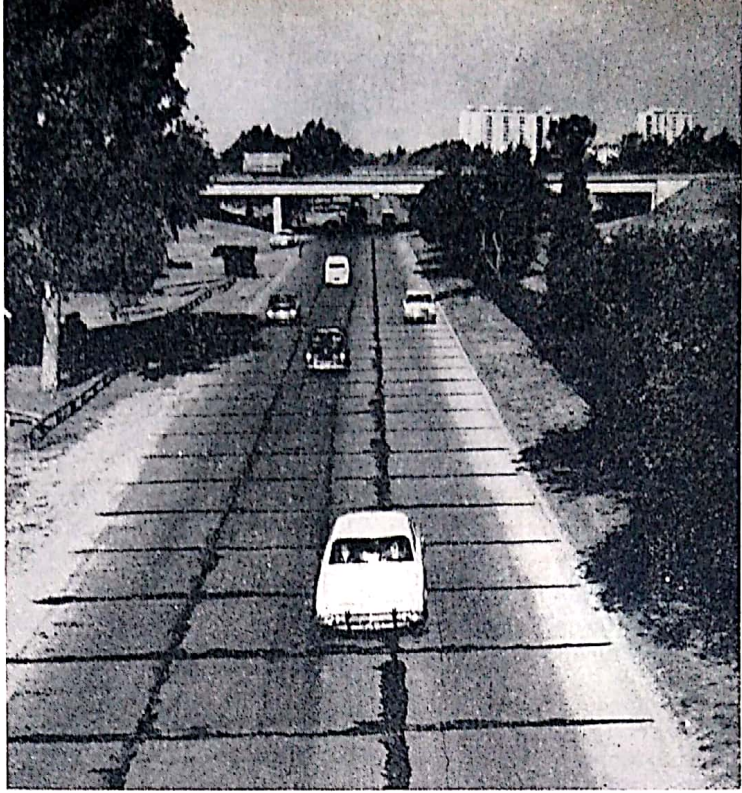
Y tienes, Buenos Aires, tus conquistas magníficas; el paseo de Palermo, la Plaza San Martín, el austero y hermoso monumento a Alvear, y el de Los Españoles, blanco, aéreo y romántico como un sueño de nieve, y las avenidas del norte, señoriales, y las del Sur, industriales, y los barrios architípicos, casi independientes, y las calles de la moda y del arte con las vidrieras más lindas del mundo, y los incontables restaurantes, donde además de la especialidad de la casa es posible comer todos los platos de la cocina internacional...

Si atendiera mis preferencias, hablaría de sus simpáticas librerías que crecen sin cesar y cambian los ana-

queles viejos por los estantes modulares, y de las florerías y puestos de flores, que no creo haya tantos en ninguna otra ciudad del globo, y hablaría de la cincuentena de teatros que ofrecen sus puertas al gran público y al pequeño, y de sus exposiciones, conferencias y conciertos que aventajan largo las posibilidades de ser más dispuesto a estar al día en arte y literatura, y hablaría de sus colectivos y de sus colectiveros — frutos únicos de la huerta porteña— contra los que despotricamos todos los días y que son la revelación de una faz de nuestra idiosincrasia, la comodidad. ¿Qué haríamos sin ellos que libran minuto a minuto a nuestro favor, en el mar borrascoso del tránsito la batalla del tiempo y de la distancia?

No en vano, Buenos Aires, despiertas mordiente la nostalgia. También guardas ese rincón clavado en el recuerdo, el que evoca Fernández Moreno en sus versos:

"Rincones de Buenos Aires  
Conocidos del poeta,  
Pero que ignoran aquéllos  
Que no tuvieron penas".



Avda. General Paz, donde ciudad y campo se amalgaman

Escena con puente de La Paternal, de P. Mónaco

